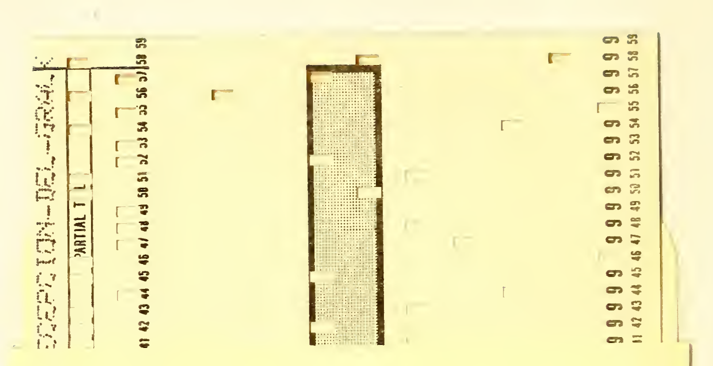
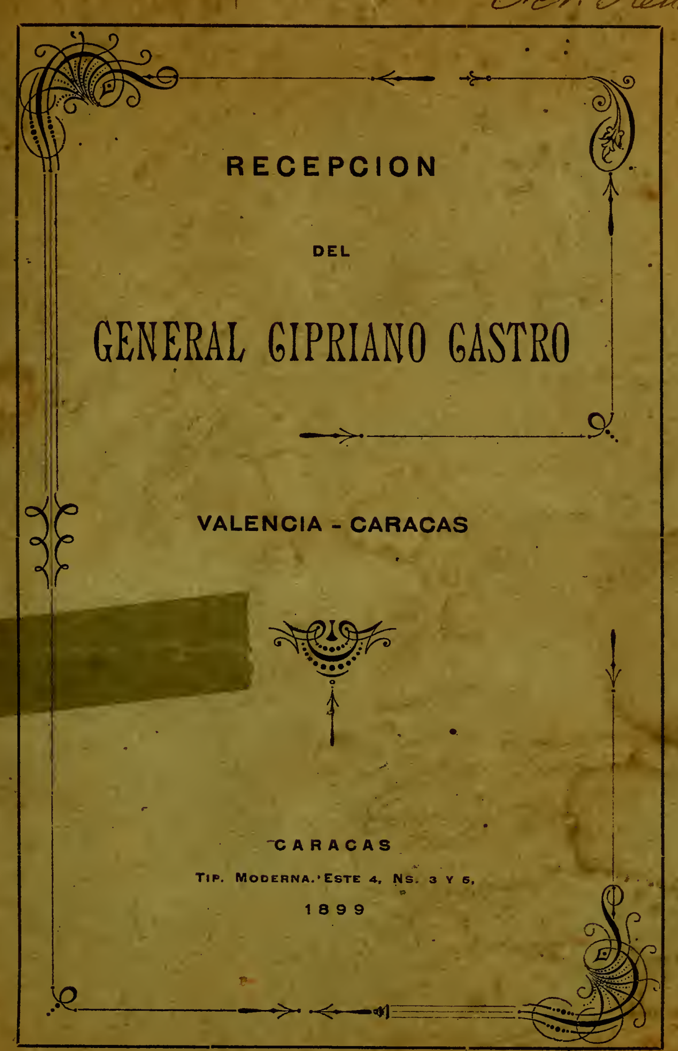


Señor F. M. Galindez - Poeta y prosista galano - Su amigo E. A. Rendile



RECEPCION

DEL

GENERAL CIPRIANO CASTRO

VALENCIA - CARACAS

CARACAS

TIP. MODERNA. ESTE 4, NS. 3 Y 5.

1899

RECEPCION

DEL

Gral. Cipriano Castro.

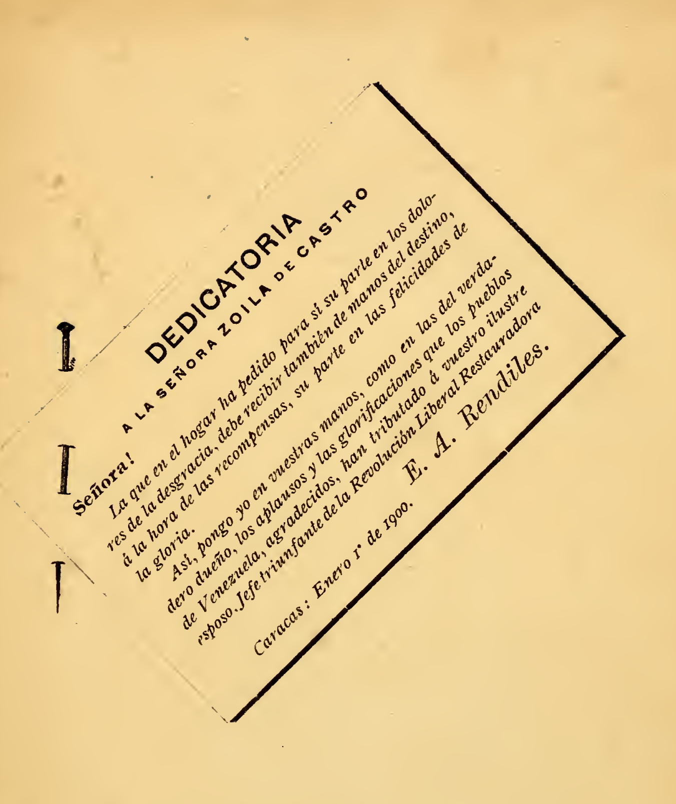
VALENCIA - CARACAS



CARACAS
Tip. Moderna.-Este 4, Ns. 3 y 5,
1899







DEDICATORIA

A LA SEÑORA ZOILA DE CASTRO

Señora!

La que en el hogar ha pedido para sí su parte en los dolores de la desgracia, debe recibir también de manos del destino, á la hora de las recompensas, su parte en las felicidades de la gloria.

Así, pongo yo en vuestras manos, como en las del verdadero dueño, los aplausos y las glorificaciones que los pueblos de Venezuela, agradecidos, han tributado á vuestro ilustre esposo. Jefe triunfante de la Revolución Liberal Restauradora

E. A. Rendiles.

Caracas: Enero 1º de 1900.

VALENCIA

SALUD!!

*

Al Ejército Liberal Restaurador: salud!

Al vencedor jamás vencido, al eminente Caudillo de la Revolución Liberal Restauradora: salud!

Tras larga sucesión de hazañas que empiezan con la invasión del territorio tachirense, el 23 de mayo último, á la cabeza de treinta y ocho soldados, y va prolongándose luego en una como explendorosa vía lactea de inmortales hechos, de heroísmos epopéyicos, de triunfos que dan asombro, de victorias que

ponen pasmo en la imaginación y le producen vértigos y deslumbramientos: tras las épicas proezas realizadas en el Táchira, en la nevada cumbre de Los Andes, en los campos de Parapara, en las márgenes del Tocuyo, en Lara y en Yaracuy, en Nirgua y en Tocuyito; tras ese prodigio de estrategia, de constancia, de habilidad y valor, que sólo realizara la cabeza milagrosa de Bolívar, el genio de las maravillas; tras esa sucesión de hazañas que lindan con lo imposible, el caballo de guerra del General Cipriano Castro, abreva ya su sed en las claras ondas del Tacarigua!

¡Loor, pues, al ínclito militar, al Caudillo invicto, de quien se puede decir parodiando á otro luchador ilustre, que sus águilas guerreras vuelan de campanario en campanario, hasta posarse triunfantes en las torres de la Catedral Metropolitana.

Y es que, como ha dicho un célebre escritor, cuando suena la hora de la

oportunidad, la Providencia pone la fuerza al servicio del derecho y dispone las cosas para el triunfo de las ideas.

Y la hora de la oportunidad ha sonado.

Agreguemos que también ha sonado la de la necesidad: la de la necesidad imprescindible y suprema.

La hora en que colmada la paciencia de los pueblos, rotas y pisoteadas sus leyes, vejados en sus derechos, burlados en su soberanía, sin garantía y sin amparo, y agobiados por el peso de todo género de calamidades, brota de todos los labios enérgica y vibrante la protesta, y todos los brazos se alzan para demandar justicia y pedir reparación.

Esa protesta, ese clamor universal, personificados en el General Cipriano Castro, y anidado en el corazón de su Ejército, como se anida el rayo y como se anida la tempestad en el seno ardiente de las nubes, es lo que desde la empinada cima de las regiones andinas, viene arrollando

ejércitos, aniquilando oposiciones, humillando soberbias, trasmontando serranías y salvando llanuras, á manera de un huracán de metralla empujado por la cólera de un Dios iracundo.

Ha sido necesario destruir para crear.

Pero de esos campos donde la muerte ha multiplicado sus imágenes y la gloria refleja un rayo de su luz inmortal sobre la tumba de los héroes caídos en el fragor de las peleas, renacerá la idea republicana, con nueva vida y con mayores energías; porque es, en las entrañas de las catástrofes, que se incuba y se nutre el ideal que persiguen los pueblos: el santo y noble ideal de la justicia y la libertad.

Como muy bien dijo el General Cipriano Castro desde Boratá, en su célebre carta al Prebístero Jáuregui: "El hombre no tiene derecho á existir cuando la Libertad y el Derecho perecen;" y poseído de esa verdad que constituye el espíritu de esta Revolución, es que el Ejército Libéral Restaurador ha podido realizar

los prodigios de heroísmo que son actualmente pasmo y asombro de amigos y enemigos.

Sí, porque tales proezas no pueden ser realizadas sino por hombres convencidos: por aquellos que ante el ara santa de la Patria han celebrado pacto de conciencia entre la vida y la muerte.

El liberalismo de esta Revolución está en sus hechos, á la vista de todos, al alcance de todas las inteligencias; donde quiera que ha combatido ha devuelto á sus prisioneros junto con su honor su libertad; una sóla vez no la ha informado el odio ni la venganza, y por donde quiera que pasa renace la confianza y cosecha bendiciones.

Viene á restaurar la autoridad de la Carta Fundamental de la República hoyada y ultrajada por el Congreso Nacional en su desgraciado acuerdo de 22 de Abril último, declarando la inmediata vigencia de las autonomías seccionales, contra el tenor expreso de la Ley; Acuer-

do que ratificado luego y mandado ejecutar por el señor Presidente de la República, echó por tierra el orden constitucional del país y trajo la Dictadura del señor general Ignacio Andrade, antiguo Presidente Constitucional.

Ese monstruoso atentado fue cometido, como se sabe, en nombre del Gran Partida Liberal, de quien era aquel alto Magistrado Jefe y Supremo Director.

"Los verdaderos liberales, como dice el General Cipriano Castro en su Proclama, no podían aceptar para el partido de las grandes ejecutorias en Venezuela, esa inmensa responsabilidad."

De ahí la enérgica protesta de los 25 Representantes del pueblo en las Cámaras Legislativas.

De ahí el encarcelamiento y persecución de los liberales.

De ahí Castro.

De ahí esta Revolución.

Cúpole á *Las Noticias* la gloria de haber sido el único periódico que abriera

ruda campaña contra el propósito nefasto de las *autonomías inmediatas*; contra aquella flagrante violación de las leyes que volcaban el orden constitucional del país y hacía necesaria la intervención de la fuerza para establecer el imperio de los principios.

La Revolución, pues, está justificada, y Castro que la encarna y le comunica el vigoroso aliento de su espíritu, es el agente escogido por la Providencia para restaurar los principios, devolverle á las leyes su autoridad y salvar el honor de la patria.

Bienvenido sea el Restaurador de los principios.

Bienvenido sea á esta ciudad que le acoje con admiración y respeto.

A los bravos de los Batallones Junín, Tovar, Veintitrés de Mayo, Libertador; á los héroes del Táchira y Los Andes, al Ejército todo.

Salud!

Al vencedor jamás vencido; al eminente Caudillo de la Revolución Liberal Restauradora; al ínclito General Cipriano Castro: Salud!

(*Boletín de Las Noticias;* Valencia: 18 de Setiembre de 1899.)



DISCURSO

pronunciado por el señor Gral. Manuel Corao en el acto de la recepción del General Cipriano Castro.

General Castro, Jefe de la Revolución Restauradora de Venezuela:

Vuestras acciones gloriosas que la República ha presenciado con asombro, han sido el pánico de vuestros adversarios y lo supremo de la admiración para vuestros amigos.

Las acciones del ejército que mandáis son inconcebibles. La campaña de Los Andes como vos la habéis hecho no la

hizo el Libertador. La nación, antes de vuestros hechos creía con razones, que era imposible venir del Táchira vencedor hasta el centro.

Vos habéis desmentido esa creencia de la República, para hacer la felicidad de la Patria.

No estáis en Valencia, estáis en el Capitolio Federal, porque tomar del modo que habéis tomado la capital de Carabobo, es posesionarse heróicamente de los destinos de Venezuela.

Ereis vos para la Patria. No le debéis á ningún partido, círculo, ni individualidad la gloria de vuestros éxitos.

La debéis al prestigio de la bandera que sirve de guía y de divisa á vuestras poderosas huestes ; la debéis al vigoroso aliento de vuestro espíritu, á la energía de vuestra voluntad, á vuestra inteligencia sabia y creadora.

Carabobo y la República entera admiran vuestra magnanimidad y el liberalis-

mo excelso en que parece que habéis empapado la bandera de la Revolución.

A semejanza de Jesús, no tenéis odios, y al igual de aquel sublime fundador del Cristianismo, váis por todas partes extendiendo manto de perdón.

¡ Salud al vencedor insigne !

(Del *Boletín de Las Noticias*, Valencia, 19 de Setiembre de 1899.)



CARACAS

EL EJECUTIVO NACIONAL

A LOS HABITANTES DE CARACAS

Hoy veintidós de Octubre entrará á la ciudad el General en Jefe del Ejército Restaurador, General Cipriano Castro, en cuyas manos pondrá el Ejecutivo Nacional el Gobierno de la República.

Venezuela tiene fundadas esperazas de alcanzar, después de un período de desaciertos, que la han sumido en tristísima situación, un Gobierno reparador, justo, obediente á las leyes, probo en el manejo de los caudales públicos, tolerante con las opiniones, restaurador del Crédito

Nacional, y en suma de política fraternal que restablezca la unidad de la familia venezolana; todo lo cual prometen los antecedentes y principios que profesa el Jefe de la Revolución.

El Ejecutivo Nacional espera que el pueblo de Caracas recibirá al General Castro con el júbilo que las esperanzas inspiran, y con la cultura que tanto le distingue entre los pueblos civilizados.

Caracas: 22 de octubre de 1899.

El Consejero Encargado de la Presidencia de la República,

V. RODRIGUEZ.

El Ministro de Relaciones Exteriores,

MANUEL CLEMENTE URBANEJA.

El Ministro de Hacienda,

J. P. ROJAS PAUL.

El Ministro de Guerra y Marina,

DIEGO B. FERRER.

El Ministro de Crédito Público,

EDUARDO CALCAÑO.

El Ministro de Agricultura, Industria y Comercio,

JOSÉ RAFAEL RICART.

El Ministro de Instrucción Pública,

H. RIVERO SALDIVIA.

El Ministro de Correos y Telégrafos,

HERIBERTO GORDÓN.

El Secretario General,

JACINTO LÓPEZ.

NOTA.—Por estar ausentes los demás miembros del Ejecutivo no aparecen sus firmas.



EL CONFLICTO

*

Mentira! No existe—como no existen ni complicaciones ni problemas políticos. Tocad á las puertas de cualquier corazón bien puesto y preguntad á la conciencia del ciudadano honrado: ¿qué concepto tenéis de la situación política que atravesamos? y oiréis de todos los labios la invocación del orden público como fórmula definitiva de nuestras luchas intestinas. Y qué es el orden público? El orden público es la protección de todos los intereses sociales.

Y sin paz, sin la armonía perfecta de

esos intereses no es posible la viabilidad de un país que aspire á llamarse país civilizado.

Decimos que no hay problemas políticos ni conflictos, y vamos á demostrarlo.

Ayer se verificó la entrada triunfal á Caracas del General Cipriano Castro. La capital de la República, representada por todos los gremios que fincan la salud pública—*salut populi*—en la garantía de los distintos intereses que forman la comunidad venezolana, estaba allí presente, ansiosa de oír de boca del nuevo Magistrado la palabra de orden, la esperanza de un nuevo régimen: el régimen de los gobiernos por y para el pueblo: de los gobiernos que fincan su prestigio en el orgullo de satisfacer los intereses sagrados de la patria.

Y mientras la ciudadanía en sus sinceras expansiones prorrumpía en un solo grito de entusiasmo nacional, invocando una nueva éra de prosperidad y de paz, la intriga palaciega movía ya todos sus

resortes para aprisionar en la Casa Amarilla al caudillo victorioso.

Y es que en Caracas existen dos Rotundas. Ahí la Rotunda donde son aherrojados en oscuros calabozos, como empedernidos delincuentes, los que tuvieron un día la insolencia de una protesta altiva contra el derrumbamiento nacional. Ahí la rotunda adonde llevó el corchete á puntapiés, al que osó hacerse vocero de la indignación contra los desafueros del poder, contra el saqueo de los caudales públicos, contra el desprecio manifestado por nuestros últimos gobiernos en todo aquello que significara el decoro de una patria justa y merecidamente llamada á la vida civilizada de los pueblos cultos.

Y por esa rotunda han pasado millares de víctimas, derrocando gobiernos infamantes y sustituyéndolos por gobiernos que luego traicionaron todas las aspiraciones y quisieron tener como único timbre de orgullo el sable perennemente

suspendido sobre un pueblo hambriento de prácticas sinceras de republicanismo.

Y se levanta ahí, faz á faz de la estatua del Libertador, esa otra Rotunda, citadela pavorosa, testigo de tantísimas vergüenzas y desgracias. A esa citadela llega el Magistrado con plétora de buena voluntad y con todo el fervor de un ciudadano que, antes que todo, solicita los laureles de la gloria y de la honra.

La más de las veces la adulación, en sus distintas faces, lo sitia con los mil ardides que inventó la corrupción política de los círculos personalistas de Caracas. El bloqueo se establece y luego se estrecha sin cesar. La lucha se convierte en conflicto para los destinos públicos. El país forcejea por llevar á los consejos de gobierno el eco sincero de la opinión. Pero ah! Que triunfan casi siempre los traficantes públicos! La Casa Amarilla termina por convertirse en lupanar de famélicos mercenarios.

Y se extravía de la senda gloriosa de

la patria la acción gubernativa y triunfa el asedio de la sizaña y domina la camarilla con sus salpicaduras de oprobio con el cinismo de sus bajezas, con la ruindad de sus humillaciones. El Presidente está preso. El eco de la opinión pública no llegará jamás á los Consejos de Gobierno. El país necesita una vez más sacudir sus energías y el hijo del pueblo, el recluta, la eterna víctima tomará á fuego y sangre la plaza sitiada y convertida en nido de bochornosas claudicaciones. Tal cosa no sucederá hoy.

Yo no conozco ni antiguos ni nuevos adversarios: éllos han sido, son y serán siempre los que se aparten de la senda del honor y del deber.

He ahí en pasados años resumido por el mismo caudillo vencedor, el único suspirado anhelo de la República venezolana.

No hay tal problema. Mentira! Queremos que algún día capitulen los que se apartaron de la senda del honor y del

deber; es decir, los que cangearon sus ejecutorias de hombres dignos por un mendrugo en el festín del derroche; los que no tienen más ideales que el lento agotamiento moral de la patria; los que se imaginan que ya la traición es moneda corriente, de curso forzoso en el mercado de la política: que el decoro es un mito y que Venezuela es una feria de bochornos y una bacanal de complicidades.

No hay tal problema! Mentira!

Confirme el general Castro con los hechos sus palabras, y el pueblo de Caracas y la nación toda lo aclamarán con frenesí y la paz será estable, tan estable como el gobierno mismo que devuelve á un país ya muy cansado, todas sus prerrogativas, que colma todos sus deseos y riega todas las fértiles corrientes de la opinión pública.

En cambio divorciad á Castro con el criterio unánime de la patria. Llevad allí la atmósfera putrefacta de los últimos días. Convencedlo de que nó vale nada

la gloria; de que el país todo lo soporta porque está reñido con la sanción pública; de que nosotros los que amasamos diariamente el pan con el sudor de nuestra frente somos eunucos que tan solo merecemos vilipendio y veréis como se condensa de nuevo el nubarrón; como el gobierno se convierte en camarilla de deshonra; comenzará allí mismo el cuchicheo; luego vendrá la atmósfera preñada de odios. En seguida el vacío. Y por último, el recluta con el fusil al hombro derramando su sangre, y la patria agonizante todavía luchando por sus reivindicaciones.

El caos!

De *El Pregonero*, 23 de Octubre de 1899.



General Cipriano Castro.

⁂

Este Jefe victorioso fué recibido ayer en la capital con entusiastas demostraciones de júbilo y señaladas muestras de simpatías.

Hizo su entrada á Caracas á las seis y treinta minutos de la tarde, en medio de un concurso que se desbordaba en calles y esquinas, desde la Plaza Bolívar hasta la Estación del Ferrocarril alemán; figurando en aquel muchas damas que llenaban las ventanas y coronaban los balcones, y el ejército, que en alas y al

viento las banderas, presentaba las armas al afortunado y valeroso guerrero, para el cual hubo víctores y salutaciones, que él supo corresponder descubriéndose y saludando con el sombrero á la inmensa muchedumbre.

Al llegar á la Casa Amarilla, acompañado de los miembros del Ejecutivo y de otras personas de significación política, desde sus balcones se dirigió al pueblo en términos tan concretos y patrióticos, que se vió muchas veces interrumpido por los víctores y aplausos de aquel. Su discurso se puede resumir en estos tres puntos: La verdad de la República; la libertad en su forma más efectiva; y la armonía entre los venezolanos, como base de una buena administración.

El discurso del General Castro es un programa de Gobierno, que puesto por obra, permitirá á Venezuela reponerse de sus quebrantos y enderezar el rumbo por mares de bonanza hacia un porvenir halagüeño, en que todos gocemos de los

bienes de la libertad, la justicia y el derecho.

Que los propósitos del General Castro se vean cumplidos, es el anhelo de sus conciudadanos.

(Del *Diario de Avisos*, 23 de Octubre de 1899.)



Ayer, hoy y mañana.

⁂

En la tarde de ayer hizo su entrada triunfal en Caracas el General Cipriano Castro, caudillo liberal de la revolución victoriosa.

Como hecho de vasta trascendencia política, este suceso puede reputarse de brillante y glorioso en la historia contemporánea, ya que se trata de la consagración definitiva de un movimiento restaurador de la vida pacífica de Venezuela, de las instituciones liberales y del derecho inmanente de la ciudadanía.

No es este el surgimiento de una re-

volución ocasional, sin bandera y sin programa: nó, la gestación de este proceso comenzó con el célebre atentado electoral de setiembre, donde se decapitaron todas las garantías y brotaron todas las rudezas de la imposición y de la mala fe política.

Errores de un hombre ó condenaciones de una época, ese gran delito provocó entonces la cólera de todos los Partidos; y fué de allí que el Gobierno imperante tuvo la instabilidad de las revoluciones, la desopinión de los círculos y el fallo desfavorable de los hombres influyentes.

A raiz de aquel atentado, los adversarios del Partido Liberal se lanzaron á la guerra, aprovechando los estragos políticos de la infidencia electoral; pero no eran ellos, nó, los que podían reinvindicar la fuerza del derecho y el imperio soberano de las leyes; se necesitaba, sí, que un nombre liberal encabezara la redención del derecho popular y diera fiso-

nomía propia al esfuerzo persistente de la opinión partidaria.

Esos vicios y esos errores fueron previstos en su tiempo por el mismo General Castro; señaló á Crespo los peligros que podría acarrearle la imposición que iba á ejercer; y, aleccionado por la experiencia, profetizó también la desunión de los liberales, la anarquía de la causa y el retroceso del País á la discordia de los círculos.

Por fortuna, la misma fortaleza y grandeza del liberalismo salvó la comunión de las convulsiones de la anarquía; el verbo doctrinario se refugió en pechos varoniles y enérgicos; y la reacción surgió, poderosa é invencible, en el ánimo de un soldado que ya había jurado su protesta ante el ara de las instituciones holladas.

Castro, más que una necesidad, ha sido la encarnación del deber político; y su prelación como caudillo restaurador, arrancó desde el momento que se opuso á la imposición de Crespo, en su célebre

carta dirigida el 29 de Junio de 1897. Fué hombre de causa que señaló la tormenta, indicó el conflicto que se le ocasionaba á la Patria; y, no satisfecho con la advertencia, se entregó á preparar los elementos reinvindicadores que debían dar sanción á las libertades públicas lesionadas.

Victorioso ya en la Casa Amarilla, después de un pasmoso y rápido esfuerzo guerrero, toca hoy al caudillo vencedor restablecer los fundamentos del derecho federal; y para ello le bastará colocarse en el vértice de todas las ambiciones, para desde allí señalar aquellas que sean peligrosas á la paz de la República y acojer las que sean favorables al imperio genuino del orden y de las instituciones liberales.

No somos partidarios de que se establezcan hondas diferencias en el seno de la familia venezolana; nos enorgullece ser preconizadores de la unión política de toda causa militante; mas, por lo mismo que todas las ideas tienen su dog-

ma y su bandera, es justo que ese dogma y esa bandera floten sin rencores en el Capitolio Federal, ya que el General Castro ha hecho profesión anticipada de buena fe liberal, y viene cargado en los hombros gloriosos de los veteranos infatigables de la causa popular.

El liberalismo es como el granero inagotable de que nos habla el profeta bíblico ; él es la masa de la opinión prestigiosa y soberana ; el criterio social que, aún dividido, impone sus decisiones y establece la necesidad del triunfo ; mas hoy se hace necesario que la unidad se establezca, como fundamento único del poder de los gobiernos liberales y como salvación legítima para el imperio de las instituciones.

Hágase esa unidad liberal, no vinculada en la mentira ni en los acomodamientos políticos, y se habrán salvado la paz del País y la emulación serena de los círculos.

(De *El Noticiero*, 23 de Octubre de 1899.)

LA SITUACION

❊

No tenemos en la paleta todos los matices del cuadro que presenciamos, no podemos trasmitir todos sus detalles al lector, pero, suplicándole que perdone nuestra insuficiencia, vamos á emitir algunos conceptos, á trazar pobres líneas que atestigüen nuestro sano propósito y buen deseo. No estamos á la altura de las circunstancias, no tenemos la palabra que debe resonar en este día de fraternidad nacional, pero llevamos á la fiesta del patriotismo nuestros aplausos, y después de estas líneas, sin vanos y pueriles

comentarios, insertamos tres documentos que pintan el carácter del General Castro, sus propósitos políticos y el rumbo administrativo que se propone con el fin plausible de restaurar en Venezuela los fueros de la verdad y del derecho y de la sinceridad política.

Ayer, la sociedad caraqueña agolpóse en las calles que conducen á la estación del ferrocarril alemán, con el propósito de saludar al afortunado Jefe que viene en triunfo desde el Táchira, alentando la esperanza de devolver á las leyes su acción, á la República sus prácticas, á la justicia sus fórmulas; y esta mañana, el pueblo en masa viviente y palpitante, desde la Casa Amarilla hasta la Rotunda, llenaba las calles y daba á los aires las manifestaciones de su regocijo, al saludar al mártir del honor, al encarcelado General José Manuel Hernández, cuya ergástula abría el General Castro en la primera medida que tomaba, nombrando al distinguido ex-preso, miembro del Ejecutivo Nacional.

¡ Cuántas consideraciones morales despréndense de estas manifestaciones espontáneas y populares, de estos esfuerzos legítimos que nacen del hombre y reciben, con el éxito, como la bendición divina, esa sanción generosa y sonriente al espíritu, capaz de los hombres de buena voluntad !

La ciudad entusiasta que viste sus mejores galas, como virgen en días de boda, y acude á celebrar ovaciones del caballero que la restaura, salvándola de la opresión y del dolor, siente una como atmósfera de juventud y de primavera que la embellece ; pero, ¿ qué diremos del pueblo bullicioso que acude á las puertas de la Cárcel ansioso, lleno de júblilo, á celebrar la libertad de un preso, el triunfo de un acto justiciero, el clamor de la razón y del buen sentido ? Diremos que esta población entra en su período de madurez, sabe pensar y sentir, se preocupa de los grandes y severos principios de la justicia, admírase de la abnegación y tiene lauros para el mérito verdadero.

Ojalá que no se debiliten las impresiones trascendentales de estos hermosos días y que de la harmonía de los círculos, representados en el Gabinete, resulte la paz permanente, la paz sin abdicaciones, la aurora del derecho!

Hemos tenido el gusto de saludar al General Castro en la Casa Amarilla y de oirle pronunciar con el vigor de las convicciones profundas, frases equivalentes á las de los documentos que copiamos en seguida. Creemos que tiene el levantado anhelo de restaurar la verdad política en el Gobierno, de establecer una administración honorable y útil al país, de abrir espacio, en el seno de Venezuela, á todos los venezolanos, para que la ley sea general, la justicia equitativa y la fraternidad una base democrática.

En el Gabinete que ha nombrado se deja ver la tendencia harmónica de sus doctrinas; en la orden de poner en libertad á todos los presos políticos se deja adivinar el espíritu de conciliación que le inspira.

Algunas personas nos han preguntado si admitirán los Ministerios respectivos, los Generales Hernández y Pulido. No hemos consultado á dichos personajes, pero creemos que el patriotismo les aconseja aceptar, sin vacilaciones, no sólo el empleo sino el deber de apaciguar los ánimos, calmar las pasiones y devolver á la República sus días de paz y bienandanza.

El General Castro, gracias á los discursos pronunciados anoche y esta mañana, podemos decirlo, viene animado de una idea esencialmente administrativa, que exije probidad y carácter y nos apartará de la trillada senda del politequear constante y deprimente.

Nuestros inteligentes lectores, que han sufrido en su mayor parte las consecuencias de aquel fatal Gobierno que desatendía las exigencias de la opinión pública, apreciarán en toda su extensión lo que significan las palabras anteriores y contribuirán al planteamiento de la paz.

En este día la fiesta patriótica no nos permite ocuparnos de otros detalles — como el de la campaña — que por falta de espacio hoy dejamos para mañana, pero nos ofrece la ocasión de congratularnos con los amigos por el rumbo pacificador y legal que llevan las cosas públicas.

(De *El Tiempo*, número 1.950,)



La vida al día.

*

Lunes 23.

Hace hoy cinco meses, día por día, y triunfo por triunfo, que invadió con sesenta valientes, el territorio de Venezuela, el General Cipriano Castro.

Salve, Triunfador!

De aquel 23 de Mayo á este 23 de Octubre, hay mil heroicidades que cantar; mil penalidades de qué dolerse; mil cosas curiosas que detallar. Pero por sobre todo se destaca la figura del Jefe de la Revolución, con su valor para vencerlo todo; con su tenacidad para

seguir siempre adelante; con su fe en un éxito brillante; con su buena voluntad para hacer el bien de la Patria.

Salve, Triunfador!

*

Esta crónica de hoy no es para Caracas, porque Caracas entero se echó ayer á la calle á recibir con delirante entusiasmo al Jefe de la Revolución Liberal Restauradora, y vió, sin perder un detalle, el recibimiento cordialísimo, febril, que se le hizo al que todo lo ha hecho por poner la República en el carril del progreso, de la paz y del engrandecimiento.

De la Plaza Bolívar á la Estación del Gran Ferrocarril Alemán no había ni un lugar libre; un inmenso número de damas llenó los balcones, ventanas y aun las puertas de las casas altas; de modo que, aquello parecía una doble fila de flores por entre las cuales debía pasar el General Castro.

La carrera estaba cubierta por tropas;

no para protejer al Jefe vencedor, que no necesita guardias quien cuenta con el prestigio del afecto popular, ni para hacerle los honores, pues el pueblo de Caracas se los hizo cumplidamente. Aquellas tropas estaban allí, porque eran las tropas de la revolución, las que después de haber combatido y sufrido mil angustias y trabajos, tenían derecho á recibir con un inmenso hurra de entusiasmo el querido Jefe triunfador.

Los alrededores de la Estación con sus cercanas colinas, el Viaducto, los techos de las casas, los caminos, todo, todo. estaba cubierto de gente.

El tren llegó á las seis y media; sin embargo, aquel inmenso concurso se mantuvo á pié firme desde las 2 de la tarde esperando la entrada del general Castro.

De todas las bocas se escapaban palabras de entusiasmo, de fé, y de esperanza. Y cuando entró al andén de la Estación el tren que conducía al héroe andino, un

inmenso víctor se dejó oir, apagando las notas del Himno Nacional, las detonaciones de la artillería y de los fuegos de artificio.

No puedo describir el momento de llegar y salir de la Estación el general Castro; ni su entrada á la ciudad; ni aun su arribo á la Casa Amarilla; porque esos actos están llenos de detalles interesantes que no se pueden retener, empujados como estábamos todos por la ola humana que corría tras del Jefe de la Revolución, sin darle á uno tiempo ni aun para ver la mitad de lo que ocurría.

En la Casa Amarilla, á pesar de venir molestado por su dolencia del pié y por el cansancio del viaje, recibió los homenajes de cuantos llenaron el amplio edificio.

Luego salió al balcón y pronunció un sentido y patriótico discurso; con él acabó de entusiasmar al pueblo, que se agolpaba en las calles y la Plaza Bolívar.

De este discurso dará noticia mañana *El Tiempo*.

El general Castro fue muy felicitado por tan inspirada inprovisación; y se retiró luégo á despachar algo urgente. Y habiendo sabido que gran número de ciudadanos pedía la libertad de los presos, salió de nuevo al balcón y dijo, poco más ó menos:

«Este triunfo no es mío, sino el triunfo de la causa de la libertad.

« Os lo prometo, os lo juro »

Es inútil decir que el entusiasmo popular llegó á su colmo.

Siendo domingo, la multitud se quedó en la Plaza, so pretexto de la retreta; pero en realidad con la idea de entrar toda en la Casa Amarilla á saludar al general Castro, lo cual creo yo que lograron casi todos, tal fué el lleno completo que ví en todo momento, hasta las 10 y media, en aquel edificio.

A la comida celebrada en la Casa Amarilla, sólo asistió la comitiva del Jefe de la Revolución y el general Víctor Rodríguez.

Esta comida, íntima y cordial, la sirvió espléndidamente, á todo lujo, el *Gran Hotel*, de acuerdo con el siguiente *menu*, ricamente impreso, con el monograma C. C. y las fechas «23 de Mayo de 1899», día del grito de la Revolución, y « 22 de Octubre de 1899 », día de la triunfal entrada á Caracas:

MENU

Potage crème d'asperges.

Jerez.

Poisson sauce mayonnaise.

Sauterne.

Timbale de pigeonneau Lucullus.

Filet de bœuf á la Richelieu.

Choux-fleurs sauce Mousseline.

Château bon-air.

Dinde rôtie.

Salade de sanson.

Gordon rouge

Glace vanille.

Patisserie.

Café. Liqueurs.

En esta comida, donde se hizo por todos gala de fraternidad y compañerismo, hicieron uso de la palabra el doctor Bolívar, quien creo es secretario privado del general Castro, y el Jefe de la Revolución,

quien enalteció á su brava oficialidad, á sus 60 héroes y al ejército todo; y prometió de nuevo hacer cuanto humanamente le fuere posible por el bién de la Patria, pues como dijo esta mañana, «ayudado por los buenos hijos de la Patria, para hacerle el bién sólo se necesita buena voluntad, y carácter firme para llevar á la práctica ese noble ideal!»

Fué necesario hacer grandes esfuerzos para que el público desocupase la Casa Amarilla á fin de que el general Castro se entregase al descanso.

Hasta muy tarde de la noche estuvo la Plaza Bolívar concurridísima.

Hay que observar que no hubo ni el menor disgusto, ni la más pequeña alteración del orden. Y esto era de esperarse: cuando todos estábamos contentos, alegres y satisfechos no podía haber disención alguna.

Sólo la policía, que quiso hacerse oír con razones de fuerza; y uno de la guardia civil, que empleó el caballo y el

sable para despejar la cercanía de la Estación, no más fueron causa de algún disturbio ayer tarde.

A la primera la reprendió el general Ferrer; al segundo el general Sarría. Ambos Jefes fueron aclamados por la multitud.

*

Desde muy temprano de hoy comenzó á afluir la gente á la Casa Amarilla, y para las 12 del día era punto menos que imposible hacerse paso.

El general Castro pasó la mañana elaborando los Decretos que se leerán en otro lugar de *El Tiempo* de hoy; y en el examen y cura del dolorido pie. Vimos entre los médicos á los doctores Domínici, López Baralt, Razetti y Acosta Ortiz.

A las 10 y media salió de su despacho y habitaciones particulares y fué al salón donde le esperaban el general Víctor Rodríguez, los Ministros que hoy dejaron de ser, el Secretario General, el Ilustrísimo señor Arzobispo, Monseñor Durán,

el Pbro. doctor Castro y el Pbro. doctor Núñez y gran concurso de ciudadanos.

El general Rodríguez dijo al general Castro: «Tenemos el honor y el grato placer de poner el Gobierno de la República en manos del Jefe de la Revolución.»

El general Castro contestó en breves, pero elocuentes frases, las palabras del general Rodríguez, y terminó diciendo: «Repito aquí las palabras de Fabricio: Primero puede desviarse el sol de su camino que Fabricio del camino del honor y del deber.»

Un estruendoso aplauso y efusivas felicitaciones siguieron á estas palabras del general Castro.

El general Ferrer, dijo al Jefe de la Revolución, que si no podía ofrecerle su espada puesto que había formado en la situación anterior, sí le protestaba de nuevo su antigua amistad, con la que podía contar para todo y en todo evento.

Y se abrazaron los generales Castro y

Ferrer, exclamando el primero: «Que sea para bien de la Patria y de la amistad.»

Luego el general Castro departió un momento con Monseñor Uzcátegui; y comenzó el desfile interminable de amigos que le saludaban y se despedían.

Allí mismo, y en presencia de todo el mundo, con rara llaneza y con naturalididad que á todos encantó, firmó los Decretos de organización del Ejecutivo y los demás de todos conocidos ya.

Al ir á firmar unos de ellos exclamó por lo bajo, pero no tanto que yo no lo oyera, lo siguiente:

«Dios haga que sea feliz, próspera y acertada esta firma que voy á estampar!»

Como yo creyese que se refería al Decreto en que nombraba Ministerio, se lo pregunté así: y me respondió:

«Nó; este es el Decreto en que asumo el Poder. El Decreto raíz.»

Terminada la firma, dió orden de que se pusiesen en libertad absolutamente á todos los presos políticos.

Esta noticia, como la del nuevo Ministerio, cundió con la rapidez del rayo; y una agitación febril se apoderó de todos.

El entusiasmo fué en aumento y las calles se repletaron más de gente, á tal punto, que cuando llegaron á la Casa Amarilla los desterrados de Curazao, generales Pulido y Fonseca, doctores Sanavria y Ortega Martínez y señor Carlos A. Urbaneja, era imposible entrar al edificio. Fué necesario un gran esfuerzo para que dichos caballeros pudieran franquear la puerta de entrada.

El incidente culminante de la última hora de la mañana fué la libertad del general José Manuel Hernández, acto que revista detalladamente *El Tiempo*.

El entusiasmo de los amigos del general Hernández, ha llegado al frenesí. Su casa ha estado invadida todo el día.

A la hora en que escribo no está despejada, ni mucho menos, la Casa Amarilla y sus alrededores.

El general Sarría se encargó de la Go-

bernación del Distrito á las 11 y media a. m. y nombró Secretario de su Despacho al general Rómulo Terrero.

El día ha sido de fiesta por todos conceptos.

El general Castro debe estar completamente satisfecho.

Salve, Triunfador!

ABIGAÍL CASTILLO.



Los actuales acontecimientos.

⁂

Ayer, á las seis y media de la tarde, entró á Caracas el Jefe de la Revolución triunfante, señor General Cipriano Castro. Fué recibido con entusiastas aclamaciones por todo el pueblo de la ciudad, y llevado á la Casa Amarilla en medio de una extraordinaria manifestación de aplauso y simpatía.

El General Castro dirigió la palabra á la multitud, desde los balcones, y sus expresiones llevaron sello de fraternal generosidad, conteniendo asimismo las más halagüeñas promesas para la Repú-

blica, sin distinciones odiosas, sin injusticias de Partidos, sin esas frases de execración que tantas veces hemos oído contra una parte de la sociedad venezolana, en nombre de la exaltación de la otra.

Ya antes, el Ejecutivo Nacional, presidido por el General Víctor Rodríguez, en su alocución á los habitantes de Caracas, para preparar la recepción del General Castro, habló de esperanzas de *política fraternal, que restablezca la unidad de la familia venezolana.* No se leen en esa alocución palabras de exclusivismos injustos, ni nada que recuerde los largos y profundos odios que han devorado á Venezuela.

Hoy, á las diez y media, el señor General Víctor Rodríguez, acompañado por sus Ministros, entregó el Poder al señor General Castro. Los discursos fueron de mutua y cordial complacencia, y el General Castro, en el suyo, repitió, con insistencia que le honra, que el funda-

mento de su programa es el olvido de los pasados rencores y el abrazo fraternal de los venezolanos; que él llama á colaborar en su Gobierno á todos los hombres de buena voluntad, sin distinciones ni exclusiones: mientras que, por su parte, no aspira sino á la gloria de servir bien á su Patria, hasta el punto de que pudiera merecer lo que se dijo de Fabricio el romano:

Es más fácil apartar al sol de su carrera que á Fabricio de la senda del honor y del deber.

Nosotros escuchamos todo esto, porque nos encontramos presentes en aquel acto.

Es evidente que ante un programa tan hermoso, y que envuelve esperanzas de feliz porvenir, *La Religión* aplaude, porque es un programa cristiano, y el único cuya realización eficaz y prolongada podría salvar la República. La palabra de la Iglesia y del sacerdocio suena muy bien allí donde se trata de fraternidad,

de caridad, de extinción de odios, de unidad de pensamiento en el bien. Por eso, dentro de la esfera que nos corresponde, nosotros trabajaremos también en esa obra, como trabajarán nuestros Dignísimos Prelados, como trabajarán todas las fuerzas vivas de la Iglesia de Venezuela.

Pluguiera á Dios que hubiera llegado ya el término de nuestras discordias nacionales, y que cada venezolano pudiera sentarse tranquilo, *bajo su parra y su higuera*, como dice la Escritura, para pensar en el destino que Dios le haya marcado en la vida!

En cuanto á los intereses que defendemos en esta hoja, no pedimos para ellos sino la más amplia libertad de su propaganda y defensa, convencidos como estamos de que el único fundamento de felicidad para los pueblos son las virtudes, y de que las virtudes no se producen sino por la Religión.

Que vuelvan, pues, las corrientes de la vida pública á animar nuestra socie-

dad, y que cada cual se entregue á sus faenas con la confianza de la protección y garantías que se esperan del nuevo Gobierno.

La Religión saluda respetuosamente al señor General Cipriano Castro.

J. B. Castro.
Arcediano.

(De *La Religión*.)



El Gral. Cipriano Castro.

*

Nos es grato presentar á nuestros lectores la efigie del Jefe de la revolución triunfante, el señor Gral. Cipriano Castro, nuevo Presidente de la República.

Por las entusiastas aclamaciones de que fue objeto el domingo en la tarde habrá comprendido el General Castro que el pueblo venezolano ha fundado en él muchas y muy vivas esperanzas, y con todo el corazón hacemos votos por que ellas se realicen del modo más completo para bien de esta noble nación que tan fraternalmente nos hospeda.

En la difícil campaña, actualmente

terminada, desde San Cristóbal á Caracas, ha demostrado ciertamente el Gral. Castro mucha inteligencia militar, mucho tacto y las mejores disposiciones en el sentido de llegar al tan deseado bienestar de su patria. Si á todo esto añade bueno y racional sistema administrativo, rodeándose de personas que respondan á las exigencias del momento, y sabe usar oportunamente de la energía requerida por un gobernante, no dudamos que sus conciudadanos celebrarán haber depositado en él toda su confianza.

Nosotros, como huéspedes, nos limitamos á expresar un sólo deseo, vivamente sentido por toda la laboriosa colonia italiana: el de que él quiera y sepa imponer y mantener la paz que tan necesaria es para quien vive del trabajo propio y que siendo duradera, es lo único que puede ser fuente de propiedad para todos.

La Voce d'Italia se complace en presentar su respetuoso homenaje al Señor General Cipriano Castro, Presidente de la

República, deseando que bajo su Gobierno emprenda Venezuela, afortunada, la carrera que con nuevo impulso, la conduzca directamente á la meta gloriosa á que tan justamente y con tanto derecho aspira.

(De *La Voce d'Italia.*)



General Cipriano Castro.

*

El domingo retropróximo hizo su entrada en esta capital el General Cipriano Castro, Jefe de la Revolución Liberal Restauradora, quien en la misma fecha asumió la dirección del Poder Supremo de la República.

El Director de *El Cojo Ilustrado* le saluda respetuosamente.

El país finca grandes esperanzas en el patriotismo del señor General Castro, cuyo retrato ofrecemos á nuestros lectores seguido de las líneas que hemos pedido á nuestro ilustrado colaborador el señor doctor Tomás Mármol.

Hélas aquí:

«Acaba de hacer su entrada triunfal á Caracas el General Cipriano Castro, con cuyo retrato se engalana hoy la primera página del presente número de *El Cojo Ilustrado.*

Es el Jefe de la Revolución Restauradora que ha conmovido hondamente á Venezuela.

Viene del campo de batalla, la sien ceñida con los lauros de una victoria tan rápida como heróicamente conquistada.

Roto por el Gobierno anterior el Pacto Fundamental, so pretexto de una nueva división de los Estados que componen la Unión Venezolana, el General Cipriano Castro, desde el fondo de su destierro, pensaba en el destino de la patria amada; y poniéndose á la cabeza de un puñado de valientes deliberó destruir por la fuerza de las armas el orden de cosas creado por aquella suprema transgresión de las instituciones fundamentales de la República.

Llega el General Cipriano Castro á Caracas, victorioso, dejando en pos de sí, á manera de cumbres de la intrepidez y el denuedo, las acciones de Lobatera, Tovar, Zumbadores y Tocuyito.

Allí está el héroe, colocado en virtud del derecho y de la espada, en una posición elevadísima, desde la cual se dominan los más graves y trascendentales intereses de la patria.

Allí está el vencedor, y en torno de él, anhelantes é impretermitibles, altas aspiraciones públicas que deben traducirse en beneficios reales y trangibles para la suerte del país.

Después de la obra del campamento, la obra de la reconstrución del edificio nacional.

Después de las dianas de la victoria, el concierto del derecho, de la integridad, del patriotismo, que han menester de una nueva vida en todos y cada uno de los ramos de la abatida existencia moral, política y administrativa de Venezuela.

Después del de la sangre, el rocío de la

ley, del desprendimiento, que es el que ha menester la patria para reponerse de sus hondos quebrantos, de sus dolorosos infortunios.

La espada como medio. Como fin, el derecho: base inquebrantable de sociedades pensadoras y civilizadas.

De allí que sea excepcional la posición del General Cipriano Castro, á quien le incumbe hoy, por virtud de una brillante jornada militar, conciliar los múltiples intereses de una nación, en cuyas entrañas se han cebado con saña digna de las edades prehistóricas, las garras de sombrías y costosas dictaduras.

Es fama que el General Cipriano Castro, joven, de elevadas ejecutorias, abriga sentimientos de gloria que le colocan muy por encima del nivel de los caudillos comunes. El campo es inmenso; y el triunfador tiene hoy delante de sí un vasto horizonte de pensamientos útiles, en que desplegar toda la intensidad de su alma, todas las energías de su carácter, todo el alcance de su abnegación y patriotismo.

Aun antes de que estallase la guerra, el país se hallaba notoriamente quebrantado en sus más preciosos elementos de vida; ó por mejor decir, el abandono en que yacían los principios del gobierno fue en gran parte una de las causas generadoras de la decisión con que los pueblos abrazaron el partido de las armas. Eso lo sabe el General Cipriano Castro, y él palpa que en torno suyo no hay sino un montón de escombros, acumulados gradualmente por la mano de la arbitrariedad y el despotismo.

Cobrarán las aguas su nivel, vendrá el día de la paz; y entonces será cuando el General Cipriano Castro comenzará á destacarse con su talla de hombre público en el escenario de la política nacional.

Ruina por todas partes, en virtud de la insistencia con que los poderes caídos tomaron á empeño sustituir las ideas con los hombres. El General Cipriano Castro tiene que infundir desde la cumbre del mando, aliento de progreso á la vida

pública del país, asfixiada en una atmósfera de retroceso incompatible con las tradiciones de la verdad y la justicia.

Tiene que fundar una nueva patria sobre las ruinas de la patria vieja.

Tiene que levantar el espíritu de la juventud, la cual se debate entre las amarguras del escepticismo y la intemperie.

Tiene que rescatar la patria, comprometida ante el extranjero.

Tiene que romper con la negra tradición del favor y las condescendencias culpables, fuente de infinitos desaciertos en las agitaciones de la política nacional.

Tiene que volver por los fueros de la libertad, hollados á la continua en todas sus grandes y poderosas manifestaciones.

Tiene que espiritualizar la noción de la autoridad, pésimamente concebida por aquellos que no comprenden el origen ni el destino de la nación.

Tiene, en una palabra, que colocarse á la cabeza de la revolución de ideas en Venezuela, después de haber, con lujo de

hazañas inmarcesibles, traído victoriosas hasta clavarla en las alturas del Capitolio, la bandera de la revolución restauradora.

Revolución de ideas, revolución de prácticas: ese es el clamor unánime de los pueblos, de uno á otro extremo del territorio de la República.

Revolución que entone el destino de la patria, y la coloque en las vías del adelanto, del engrandecimiento verdadero.

Eso es, eso tiene que ser la revolución acaudillada por el fogoso hijo de Los Andes; para que después del triunfo material podamos festejar el triunfo moral de los principios, encarnados en las instituciones consignadas en el Pacto fundamental de la República.

Eso tiene que ser la revolución, siquiera en homenaje á eso huesos que blanquean en los caminos, y que representan el dolor y el abatimiento de la patria; en homenaje á la sangre derramada, con la cual debiera escribirse una protesta universal contra la trasgresión de los principios.

Allí está el vencedor, allí está el General Cipriano Castro, en la cúspide de la sociedad venezolana. Tiene en sus manos la suerte de la patria, y en su espíritu la evidencia de los solemnes comprometimientos que lo ligan consigo mismo, con la historia, con Dios.

Atrás queda el tumulto de los ejércitos, y vamos á la obra de la organización del triunfo, de la restauración del derecho, de la consolidación de la paz.

Asistamos á ese espectáculo de la transfiguración de la República, en el seno del orden, del derecho, de las libertades públicas de Venezuela.

TOMÁS MÁRMOL.

(De *El Cojo Ilustrado.*)



PALABRAS

pronunciadas por el señor Luciano Mendible en el acto de presentar los alumnos de la Universidad Central sus felicitaciones al General Cipriano Castro, en la Casa Amarilla.

Señor:

Reunidos los estudiantes para felicitaros por vuestros sacrificios, que son también los sacrificios de todo un pueblo, y por vuestros triunfos que son los triunfos de la Democracia, venimos á hacerlo ahora henchidas las almas de suprema emoción, tanto por la solemnidad de los momentos como por la fuerza incontrastable de vuestras hazañas.

Sin embargo, vuestra misión no está sino principiada y la Patria espera ver

brotar de vuestra espada otros brillantes y deslumbradores destellos. Hasta ahora esa espada ha aparecido terrible y como armada de un poder desconocido; hasta ahora ha sido el relámpago de los combates, la claridad de las batallas, el timón de la victoria y de los ejércitos, el guía siniestro de la fuerza y de la guerra...... Le toca ser luego un resplandor de paz y de orden, una garantía de las libertades bien entendidas, una amenaza para la anarquía que nos desgarra, un signo benéfico á cuya sombra pueda tranquila descansar la República y disfrutar dichosa de su gloria y de su independencia.

¿No es verdad que el buen genio de la Patria os ha guiado? Vos mismo estáis admirado de vuestra obra y habéis dicho que vuestra victoria es la victoria de Dios, del pueblo y del ejército. Esta sola idea constituye una doctrina de salvación, un camino seguro, una ribera de esperanza en el naufragio de la verdad, de la sociedad y de la disciplina; esto sólo con tal que esté grabado firmemen-

te en vuestro corazón y en vuestras acciones, iniciará una éra que hará olvidarlo todo, todo, hasta las pasadas infidelidades de nuestros magistrados, las sombrías peripecias de nuestra vida nacional y esos ejemplos pavorosos que han corrompido y emponzoñado nuestra época y han escandalizado á una juventud sorprendida, engañada y vilipendiada.

Ah! Seguid amando siempre los ideales que hasta aquí os han acompañado y llegaréis á vuestro destino, teniendo por séquito toda una generación. El hombre tiene que cumplir grandes deberes, no sólo para con el presente, sino también para con la posteridad á quien debe legar un nombre puro y un modelo digno de imitación. Ya que habéis llegado al arco de la grandeza no os detengáis, porque detrás de él os esperan la celebridad y el porvenir. Una vasta montaña se presenta á vuestra vista y os convida á transitar por sus cumbres. En un país donde han campeado por tantos años la impro-

bidad y la injusticia, en un país, ah! donde el sol no ha calentado todavía con sus rayos el primer día de libertad republicana, donde todos los derechos han estado suspensos y como entredichos por la mano de los carceleros, donde la dignidad ciudadana tiene miedo de salir á la calle y de protestar desde la tribuna y el periódico, donde se castigan las virtudes patrióticas como si fueran grandes crímenes y donde se aplauden ó se dejan impunes los verdaderos delitos, en un país donde está invertido el orden de la moral, de la lógica y de los principios eternos de justicia, en un país así, implantar lo contrario, es decir lo bueno, lo grande y lo noble, equivale á reconstruirlo de nuevo, á realizar una obra tan sublime como la de sus primeros fundadores; equivale á superar á la época que es la condición indispensable de la gloria y el sello inequívoco de los hombres superiores.

Lo que tomáis en vuestros brazos no es la Patria, sino el cadáver de la Patria.

A vos toca, señor, resucitarla ; á vos toca vivificarla con el fuego de vuestro corazón republicano y con el de aquellos corazones que no aspiren á otra cosa sino al reinado sacrosanto de la libertad...... Sólo en este concepto es que se asocia la juventud á vuestros triunfos y bate palmas en torno de vuestros trofeos. Os deseamos, sí, un laurel puro que podáis ofrendar á la República ! Si así lo hiciéreis, os auguramos desde luego que todos los venezolanos estarán dispuestos á regarlo hasta con su sangre para que florezca, y que vuestro nombre y vuestra fama ganarán muchos días de vida en las páginas de la historia y en el alma de vuestros conciudadanos.

Hé aquí, pues, que al felicitaros, os decimos: « Sed tan grande en la paz como la fuísteis en la guerra.»



Sr. Gral. Cipriano Castro,

Jefe Supremo de la Revolución Liberal Restauradora en ejercicio del Poder Ejecutivo Nacional, Etc., Etc.

Presente.

*

Colúmbrase ya la portada majestuosa del siglo XX, y en la inacabable peregrinación de los pueblos á través del tiempo, Venezuela llega rezagada, exangüe el pecho desgarrado por todas las iniquidades, y sedienta de justicia. Nació al esfuerzo gloriosísimo de sus hijos héroes, y la discordia de sus hijos pigmeos la ha mantenido oprimida en una atmósfera adversa á la libertad, á la paz y al progreso, bases de la Patria moral. Los

instrumentos de trabajo, mil veces arrebatados de manos de nuestros padres, permanecen inmobles en las nuestras, y no logran fundar la heredad sagrada que hace amar el suelo nativo. Las Ciencias, las Artes y las Letras, apenas se posan é intentan un himno levantado, huyen como alondras azotadas por el cierzo. Vivimos como tribus nómades en persecución de ideales que son hechos en pueblos más afortunados. Todavía resuena pavorosa la voz del Magistrado que niega al ciudadano todas las garantías, y el viento arrastra aún por llanos y por montes los girones de la Ley.

En los pechos indignados hervía la protesta que sobre las cumbres andinas transformásteis en clamor de guerra, y llegáis al Capitolio por el glorioso derrotero que en 1813 siguiera la Libertad en pos del genio de Bolívar el Grande. Llegáis: aún se aspira á vuestro paso el varonil olor de la pólvora, y rodeado aún por el cruento nimbo de la guerra, se os aclama victorioso, cuando os despojáis

del arreo marcial, ceñís la toga tribunicia y prometéis al pueblo sorprendido el establecimiento de la República civil, la restauración de la Justicia y de la Ley, la Libertad bien entendida, la Fraternidad; y la estruendosa ovación al Héroe triunfador se convierte en el insólito aplauso al anhelado Conductor de pueblos.

Vuestras palabras cayeron sobre la ávida multitud como agua pluvial sobre la ardiente arena del desierto. Ellas son la expresión de las aspiraciones más vehemente de los venezolanos honrados.

Sintetizáis así vuestras ideas de Gobierno:

"Nuevos hombres"

"Nuevos ideales"

"Nuevos procedimientos"

y reclamáis para "la labor administrativa quizá más cruda que la labor guerrera, el contingente de todos los hombres de buena voluntad." Nosotros, hasta ahora espectadores imparciales de los sucesos políticos, venimos á ofreceros lealmente nuestro concurso para la realización de

ese programa, que es el resumen de nuestros más caros ideales. Tenemos fé en vuestra promesa, no sólo porque siempre le habéis sido fiel, sino porque sabemos que valoráis como más preciado timbre el amor de los conciudadanos y la satisfacción íntima que en la conciencia lleva al hogar el Magistrado que ha cumplido su deber, que la envidiable estrepitosa ovación que aún llena los aires, tributada al Héroe Vencedor. Y, pues á aquellos aspiráis con mayor tenacidad y energía que las que habéis empleado para triunfar, los alcanzaréis, Ciudadano General, y vuestro nombre no quedará en los labios, sino que inmarcesible perdurará en el corazón de todos los venezolanos.

Si así fuere, la Patria os lo premie: y si nó, os lo demande!

Caracas, á 25 de Octubre de 1899.

Santos A. Domínici, Eduardo Calcaño Sz., Luis Razetti, Pedro-Emilio Coll, Angel César Rívas, Elías Toro, Pablo Acosta

Ortiz. Elías Rodríguez, Carlos León, M. M. Galavis, Armando Blanco, Julián Avelino Arroyo, Demóstenes López, Antonio J. Iturbe, A. Fernández García, A. Couturier, M. G. Romero Sánchez, E. Ochoa, J. B. Bance, Aquiles Iturbe, Antonio R. Alvarez, E. Meier Flegel, Juan de D. Villegas Ruiz, Félix García Chirinos, J. E. Pérez, J. B. Pérez, F. H. Rivero, Jorge J. Lange, M. Pérez Díaz, R. Razetti, Félix Montes, Ramón Mª González, E. Conde Flores, Manuel C. Pérez, Luis René Borges, Estéban Gil Borges, Martín Herrera, J. B. Calcaño Sánchez, Carlos Díaz Lecuna, Francisco A. Rísquez, Eugenio Mendoza, J. R. Pérez, José Ignacio Díaz, E. Urbano Taylor, E, Loynaz Sucre, Narciso L. Salicrup, José Urbano Taylor, Pedro Acosta Delgado, Francisco Manrique, Luis M. Argote.



Caracas: 23 de Octubre de 1899.

Señor General Cipriano Castro,
etc. etc. etc.

Presente.

Señor General:

Con vuestra espada *siempre vencedora, jamás vencida*, habéis librado á nuestra patria, la heróica pero infeliz Venezuela, de los males de la última dictadura impopular; y nosotros os felicitamos por ello, porque creemos deber de todo ciudadano el tributar aplausos á los que, como vos, manifiestan con hechos ser valientes defensores de la majestad de la Ley.

¡Ojalá vuestra inteligencia encamine á la Nación por la amplia vía de su engrandecimiento!

¡Ojalá los venezolanos borren de sus corazones el resíduo de antiguos odios que en ellos exista, haciendo así posible á vuestras energías la realización de la prosperidad nacional!

¡Viva el Ejército Liberal Restaurador!

Vuestros compatriotas y admiradores,

E. Ocanto.

R. Peña Andrade.

SONETO

¡CASTRO!

A mi amigo el Sr. EFRAÍN A. RENDILES.

*

La Patria de Bolívar, oprimida,
Llorando pide redención, venganza!
Y sin fuerzas, sin fe, sin esperanza
Se la ve sucumbir, desfallecida.

De pronto á socorrerla, á darle vida,
Desde El Ande un guerrero se avalanza,
Y confiado en su estrella y en su lanza
Al opresor á combatir convida.

Y triunfa el héroe..... Espléndida victoria
Anuncia el fin de la traición y el robo,
Brilla su nombre, aclámalo la Historia,
Y en éxtasis la Fama, con arrobo,
Pregona sus hazañas y su gloria
En la tierra inmortal de Carabobo.

Caracas: Noviembre de 1899.

F. ARRILLAGA GALLEGOS.

CANTO PATRIOTICO

*

Poesía y música de F. de P. Magdaleno al Gral. Cipriano Castro, esforzado conductor de las heróicas huestes restauradoras en la memorable campaña iniciada el 23 de Mayo de 1899.

*

INTRODUCCION

Cante la fama en tonos placenteros
Las lides de La Popa y Tononó,
En donde al fulgurar de los aceros
De Castro y sus invictos compañeros
El sol de una esperanza fulguró.

CORO

De la empinada cumbre fronteriza
A la Pampa inmortal carabobeña.
Del Torbes que abundoso se desliza
Por álveo secular, de breña en breña,
Hasta la margen que la linfa estrella
Del Tocuyito, manso y cristalino,
Viene ciñendo lauros en la brecha
La heróica hueste del bizarro andino.

ESTROFAS

Con fe que no quebrantan
Ni riesgos ni fatigas,
Las filas enemigas
Acosan sin cesar......
Atletas, no soldados,
Dueños de la victoria,
Corónanse de gloria
Donde hay que batallar.

*

Tovar y Lobatera,
Cordero y Zumbadores:
Testigos los mejores
Son, de proezas mil;
Y en Tocuyito logran
Al són de alegre diana,
De la violencia insana
Rasgar el yugo vil.

*

Ya victoriosa marcha
Hacia el radiante solio
De augusto Capitolio
La enseña tricolor
Ayer: funesto emblema
De imposición odiosa.
Hoy: flámula gloriosa
¡Iris Restaurador!

*

—"No más tiranos," clama
El liberal caudillo.
"Recobre ya su brillo
La santa Libertad."
"Sus fueros el Derecho,
"Su imperio la Justicia,
"El Orden su franquicia,
"La Ley su majestad."

Caracas: 23 de Setiembre de 1899.

Al Gral. Cipriano Castro.

En su entrada en Caracas.

*

¿Qué alto rumor, cual de águilas caudales
que alzan el vuelo, resonar se escucha,
despertando memorias inmortales
del que fue sol en nuestra magna lucha?

*

Mirad cual baja de la andina sierra,
ardiendo en patrio amor y sed de fama,
corta legión que, apellidando guerra,
el sacro imperio de la ley proclama.

*

Al generoso intento, su osadía
no vé los riesgos de la heróica hazaña;
que la victoria al héroe que la guía
siempre en las arduas lides acompaña.

*

Vedla cruzar por montes y por llanos
sin que su ímpetu audaz encuentre valla;
la espada siempre en las robustas manos,
y siempre el brazo pronto á la batalla.

*

Ved como el paso con valor le cierra
falange poderosa y aguerrida,
y como á osado esfuerzo en cruda guerra
quedó en el campo de la lid vencida.

*

Mas, allí el héroe triunfador comprende
el hondo duelo de la Patria amada,
y al contrario tenaz los brazos tiende
é hidalgo arroja la invencible espada.

*

Y vedle así llegar, vibrando el aire
del amor popular á los clamores,
á la ciudad gentil que riega el Guaire,
de Grandes cuna y tierra de las flores.

*

Él es: miradle: aquel cuya victoria
vindicando á la Patria, á su bandera,
signo de Libertad, progreso y gloria,
el perdido explendor volver espera.

*

Que si la alzó con engañoso alarde
dolosa la ambición, los pueblos fieles
vengar supieron la traición cobarde
y diéronle más gloria y más laureles.

*

Y será en vano ya que la asechanza
del antiguo rencor vele traidora,
y en la ilusión de pérfida esperanza
la noche busque al despuntar la aurora.

*

Así lo quiere Dios, y así está escrito,
y cumplido será su fallo justo,
y de la paz bajo el pendón bendito
surgirá el bien sobre su trono augusto.

*

El, á pesar del temporal deshecho
que codiciosa la ambición excita,
hará brillar la estrella del Derecho,
hará reinar la Libertad proscrita.

*

Y, tú, que has visto, oh ! Avila altanero,
tantos heroicos hechos, tanta gloria,
inclina la cerviz ante el guerrero
por quien obró prodigios la victoria.

*

Vistan de frescas flores los verjeles ;
vibren los ecos del cañón temido,
y coronen, hermosas, de laureles
al siempre vencedor, jamás vencido.

HERACLIO MARTIN DE LA GUARDIA.

Diciembre de 1899.

